

LIBROS

CLASICISMO DE MANUEL DURÁN

Por Ramón XIRAU

SI LA ALEGRÍA sensible definía los primeros poemas de Manuel Durán, si su primer asedio a la ciudad se convertía, desde su segundo libro, en tema constante y favorito, en *La paloma azul* el "tema" latente es siempre la ciudad de México. Nocturnos iluminados por las luces de la ciudad, nubes presencias del pleno día, balcón contemplador de verdes arboledas, lluvia pertinaz en las aceras, fábricas, puentes, pantallas, calzadas de poetas y filósofos, son fuentes de imágenes poéticas en este libro de treinta y tres poemas. Miro su ciudad. Paso después a la tendencia general de esta poesía.

La ciudad ha sido, muchas veces, tema de la poesía moderna, imagen de las diversas emociones que el poeta proyecta en ella. El París de Huidobro, el Nueva York de García Lorca, las ciudades aisladas y solitarias de Paz, la ciudad-pecado de López Velarde, la fervorosa vida del Buenos Aires borgiano, son suficientes ejemplos de varias visiones de la ciudad moderna en la poesía de lengua española. Ninguna de ellas conduce a una poesía cívica ni tan sólo ciudadana. Huidobro contempla el cielo, García Lorca su Andalucía deformada por el prisma neoyorquino, López Velarde su desazón que es al mismo tiempo atractivo, Borges las situaciones límites de la conciencia simbolizadas por el arrabal. Poetas de la ciudad se satisfacen con contemplar sus rincones amorosos o terribles para desrealizar la vida ciudadana y hacerla palabra poética, expresión de la vida interior. No me gusta mucho la palabra y sin embargo, puede decirse que todos ellos, usan la ciudad como símbolo.

Esta afirmación general es también cierta en la poesía de Durán.

Desde la primera línea hasta la última de estos versos, hieren nuestra vista los objetos. Hasta tal punto que a veces parecen discurrir por sí solos, plenamente autónomos independientes de su circunstancia. No quiero decir, con esto, que la poesía de Durán sea una poesía de cosas. No puede serlo esta espaciosa poesía escrita en las "salas del aire". Pienso, más bien, que el objeto —natural o artificial— surge aquí bajo la especie de un color (blanco, rosa, azul, predominan), bajo la especie de un guiño eléctrico ("de neón rosa y verde, cubriendo desnudeces"), bajo la especie de una máquina vivaz que se pasea por las calles despo-ladas, abstraídas por la mirada del poeta: "pájaros perdidos", "taxis" que despiertan a la aurora, "autobuses raudos". Modificados por un adjetivo, una imagen, un signo de luz nocturna, los objetos artificiales —auto, avión, fábrica, puente— llegan a penetrar en el paisaje natural de la ciudad. Parece predominar la alegría, la alegría de "amigos que uno encuentra en cada esquina", la ciudad que renace "dentro de una sonrisa". Pre-

domina también cierta magia que Durán logra mediante la sencilla fórmula de encuadrar el poema en imágenes que son al mismo tiempo realizantes y desrealizadoras: los árboles, "globos verdes"; los perros (¿recuerdos de Lorca, de Tamayo?) que "atacan a mordiscos las estrellas más bajas", los "albañiles oliendo a muro recién nacido".

Pero la ciudad no es solamente alegría y color, gozo y paleta transparente. La ciudad es dramática porque en ella se contraponen vida y mecanismo, amor y desamor, animación y piedra. A veces llega Durán a creer que "es el tecnicolor la única idea platónica", que es la fábrica de "feroces perspectivas", la única visión, desolada, de muros y piedras; que son "las monstruosas hileras de cajas de zapatos", el modelo ruinoso de una ciudad iluminada y mordida por la muerte. Y es que en la ciudad conviven sueño y pesadilla; "dulce durazno rosa", "jardín en delirio" de las calzadas y relojes tendidos a nivel de agonía: "el reloj, pez inquieto de espaldas a la vida", amor que es vida y amor que se derrota "como una piedra que cae por un lago sin fondo".

Dialéctica de lo vivo y lo mecanizado, magia y milagro, palabra repetida. Los surrealistas no descubrieron ni la dialéctica ni el milagro ni la magia. Si bien volvieron a hacerlas presentes a un siglo que quería los mitos extintos. Durán ha pasado por el surrealismo. Tenue a veces, eficaz en una imagen certera, el mundo del sueño nace aquí como la "espontaneidad mágica" de las olas de Michaux. Pero Durán no olvida, como no pudieron olvidarlo muchos poetas de infancia marina: Alberti, Gorostiz, Huidobro, su visión inteligente del mundo. Durán es esencialmente clásico, si clasicismo es medida, y es clásico si clasicismo es claridad. La mejor manera de definir su intención poética hay que encontrarla en sus versos. El paisaje es transparente:

*Una nube callada, pensativa, discreta
en el líquido espacio. La calle se proyecta
hacia adelante, recta, como una clara idea,
problema bien resuelto.*

Pocos poetas jóvenes de México dedican a su ciudad una vocación clásica como la de Manuel Durán. A la mecanización del mundo —"los hombres enarbolan blancos computadores"— Durán contrapone siempre la inteligencia sensible de la vida:

Azul, una paloma sigue volando intacta.



AUGUSTO MONTERROSO, *Obras completas y otros cuentos*. Imprenta Universitaria. México, 1959, 129 pp.

INCLUYENDO al que le da su título, este volumen reúne trece cuentos de varias dimensiones en los que el rigor verbal, la pericia técnica y la ironía como lado amargo del humor, aparecen una y otra vez como elementos característicos del estilo de Monterroso.

En el aspecto formal, los cuentos oscilan casi siempre entre dos soluciones clásicas del género: presentar una serie de hechos cuya función real es caracterizar a un personaje que es el que verdaderamente motiva el relato (*Primera dama*, *Leopoldo* (sus trabajos), *El concierto*, *El centenario*, *No quiero engañarlos*) o partir de un suceso cualquiera y deformar sus consecuencias lógicas para terminar con un final sorprendente y —en el caso de Monterroso— casi siempre irónico (*Uno de cada tres*, *Sinfonía concluida*, *Mister Taylor*, *El eclipse*, *El dinosaurio*). En ambos casos, la intención fundamental del autor parece ser la de fijar un comentario un tanto marginal y esencialmente literario, pero no exento de crítica, de la sociedad contemporánea, a la que Monterroso juzga con un criterio en el que se advierte la desilusión y aun la amargura.

Los tres relatos que restan (*Diógenes también*, *Vaca* y *Obras completas*) no tienen diferente propósito, pero están realizados dentro de una forma distinta.

Vaca más que un cuento es un poema en prosa puramente irónico.

Diógenes también, narrado en primera persona por distintos personajes que toman la palabra para culparse unos a otros de sus desgracias sin identificarse previamente, es una alegoría cuyo sentido aclara el título. Todos resultan víctimas y verdugos; la verdad absoluta no existe; triunfan sobre ella la crueldad y la mentira. La intención del relato es evidente: todos son —somos— culpables. Monterroso abre un ciclo infinito, cruel y amargo, pero muy real y muy expresivo. El hecho de que el perro, víctima para unos, verdugo para otros, se llame —también— Diógenes, acentúa la intención irónica del texto.

En *Obras completas*, Monterroso logra a través de una historia particular, señalar una verdad general del ambiente literario: la esterilidad a la que lleva la tentación de suplantarse por una erudición inútil la auténtica actividad creadora. El tema abarca una de las principales preocupaciones del autor —tocada también desde otro punto de vista en *Leopoldo* (sus trabajos)—: el del sentido de la vocación literaria. El acierto con que Monterroso ha sabido elegir los personajes, caracterizarlos, analizarlos y recrear el ambiente le otorga al relato un valor ejemplar.

Del libro en general pueden señalarse varias características comunes a todos los cuentos, como ya hemos indicado; pero aparte de las que corresponden al mero oficio literario, creemos que la más importante es la que se refiere al tono irónico con que éstos han sido realizados. Basándonos en él, podemos decir que el libro es un libro amargo; pero positivo. El autor no está con sus personajes, sino contra ellos; no acepta los sucesos, los juzga; el tratar personajes y situaciones negativas no quiere decir forzosamente que el autor sea negativo, sobre todo

(1) Manuel Durán ha publicado hasta ahora, en castellano, los siguientes libros de poesía: *Puente* (1946); *Ciudad asediada* (1954); *La paloma azul* (1959).